

SERIE **HAPARANDA**

VERANO DE LOBOS

HANS ROSENFELDT



HANS ROSENFELDT

VERANO DE LOBOS

Traducción de Pontus Sánchez

 Planeta

Título original: *Vargasommar*

© Hans Rosenfeldt, 2020

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 201: © *Souls of Departed*, 1992 Columbia Records., escrita e interpretada por Bruce Springsteen

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-08-24216-1

Depósito legal: B. 5.196-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todo había salido según los planes.

Para empezar, la llegada.

Fueron los primeros en presentarse y aparcaron el *jeep* y el Mercedes uno junto al otro en el claro del bosque que los camiones de troncos y las taladoras usaban como punto de carga y para dar la vuelta, con los radiadores mirando a la estrecha pista forestal por la que habían llegado. Con las ventanillas bajadas, solo los cantos nocturnos de los pájaros rompían el silencio más absoluto, hasta que un ruido de motores anunció a los finlandeses.

Apareció un Volvo XC90, también negro. Vadim vio que Artjom y Michail cogían sus armas y se bajaban del Mercedes al mismo tiempo que Ljuba y él se apeaban del *jeep*. Le gustaba Ljuba, y creía que él también le gustaba a ella. Habían salido varias veces a tomar cerveza y, cuando le habían preguntado con quién quería ir, lo había elegido a él. Por un instante se le pasó por la cabeza decirle que se quedara en el coche, a resguardo, que tenía el presentimiento de que aquello podía torcerse. Pero, si se lo decía, ¿qué harían luego?

¿Desaparecer juntos? ¿Vivir felices y comer perdices?

Sería imposible cuando ella comprendiera lo que había pasado. Ella jamás se pondría en contra de Zagornij. Tanto interés no sentía por él, de eso estaba seguro. Así que no le dijo nada.

El Volvo se detuvo a unos metros de distancia delante de ellos, y los cuatro finlandeses se bajaron. Todos armados. Miraron con suspicacia a su alrededor mientras se dispersaban.

Todo tranquilo.

La calma que precede a la tormenta.

El cabecilla del grupo, un hombre corpulento de pelo rapado y un tatuaje tribal bordeando un ojo, le hizo una señal con la cabeza al más pequeño y flacucho de los cuatro, que enfundó su pistola, fue detrás del Volvo y abrió el maletero. Vadim dio unos pasos de espaldas hasta el maletero del *jeep*.

Hasta ahí, el plan que tenían en común.

Luego, el suyo.

La bala del rifle con silenciador penetró justo debajo del ojo del finlandés grandullón situado más cerca del coche. El repentino estallido de huesos, sangre y cerebro cuando, al instante siguiente, el proyectil salió por su cogote hizo que los demás actuaran por acto reflejo.

Todos se pusieron a disparar prácticamente a la vez.

Todos menos Vadim, que se tiró al suelo detrás del *jeep* en busca de protección.

El hombre del tatuaje en la cara soltó un rugido y abatió de inmediato a Michail con cuatro o cinco tiros mortales en el pecho. Artjom respondió al fuego enemigo. El del tatuaje recibió dos disparos y tropezó hacia atrás, pero recuperó el equilibrio y apuntó con el arma a Artjom, que trató de ponerse a salvo demasiado tarde. Varias balas le acertaron en el hueso de la cadera y más abajo. Aterrizó sobre la grava entre gritos de dolor. Sangrando, rugiendo y pegando tiros, el hombre del tatuaje siguió desplazándose hacia el Volvo, decidido a salir con vida de allí. Al segundo siguiente cayó de rodillas soltando un gorjeo, dejó caer el arma al suelo y se apretó con ambas manos lo que le quedaba de garganta.

En alguna parte se efectuaron más disparos, se oyeron más gritos.

Artjom se incorporó como pudo mientras trataba torpemente de detener la sangre que le bombeaba del muslo al mismo ritmo acelerado que los latidos estresados de su corazón. Entonces se oyó otra ráfaga de disparos y Artjom se quedó de piedra; su mirada pasó de reflejar desesperación a levitar en el vacío, sus labios dibujaron unas pocas palabras mudas y luego cayó de frente con la cabeza colgando sobre el pecho.

El tercer finlandés se había puesto a cubierto en una cuneta no muy profunda, desde donde tenía buena visibilidad por debajo de los coches aparcados, y con una ráfaga concentrada de su fusil de asalto le había dado a Artjom en la rabadilla. Vadim comprendió que él también debía de estar perfectamente visible, por lo que se lanzó al otro lado del *jeep* para protegerse detrás de una de sus grandes ruedas. Cuando se hubo pegado al lateral del coche pudo ver al cuarto finlandés tendido sin vida en el suelo.

A Ljuba no se la veía por ninguna parte.

Una serie de disparos sonaron en la cuneta de la linde del bosque y las balas restallaron en el metal de la cara interior de la rueda y perforaron el neumático. Una de ellas atravesó la goma y le dio a Vadim justo por encima del glúteo. El dolor fue como un relámpago que le atravesó todo el cuerpo. Se mordió el labio y reprimió un grito, apoyó la frente en sus rodillas recogidas y se hizo tan pequeño como pudo. Cuando volvió a soltar aire lentamente, se percató de que el fuego había cesado.

Volvía a haber silencio. Silencio sepulcral.

Ningún movimiento, ninguna voz, ningún grito de dolor ni de cólera, ningún canto de pájaro, nada. Como si todo el lugar estuviera conteniendo el aliento.

Se asomó con cuidado por detrás del *jeep*.

Todo callado. Todo quieto.

Muy poco a poco, fue sacando la cabeza para ver mejor. El sol colgaba por debajo de las copas de los árboles, aún encima del horizonte; la escena que tenía enfrente estaba bañada por la tenue luz que solo el sol de medianoche puede ofrecer.

Con sumo cuidado, volvió a ponerse en pie; la bala seguía entre el músculo y el tejido, pero no parecía haberle dañado ningún órgano importante. Se apretó la herida con la mano. Había sangre, pero no tanta como para no poder detenerla con un vendaje.

—¿Ljuba?!

Estaba en el suelo apoyada en el parachoques trasero del coche de los finlandeses; su respiración era superficial y entrecortada, la parte delantera de la camiseta gris que llevaba debajo de la chaqueta estaba empapada de sangre, y la pistola todavía en su mano derecha. Vadim le examinó las heridas. La hemorragia brotaba a ritmo regular, ninguna arteria dañada. Ninguna burbuja de aire, así que todo apuntaba a que los pulmones estaban intactos. Podría recuperarse sin mayor dificultad.

—¿Quién ha disparado? —preguntó Ljuba sin aliento y agarró a Vadim por la chaqueta con una mano ensangrentada—. ¿Quién coño ha empezado a disparar?

—Está con nosotros.

—¿Qué? ¿Cómo que con nosotros? ¿Quién es?

—Vamos.

Le quitó con delicadeza la pistola, se la metió en el bolsillo antes de levantarse, se inclinó y le tendió una mano. Ljuba hizo una mueca de dolor y esfuerzo, pero consiguió ponerse en pie. Con una mano en su cintura y un brazo de ella rodeándole los hombros, Vadim se dirigió al espacio abierto entre los coches aparcados. Cuando llegaron a la altura donde el finlandés del tatuaje había sido abatido, se detuvo, se quitó con cuidado el

brazo de Ljuba de los hombros, retiró la mano de apoyo con la que la había ayudado a caminar y se hizo a un lado con dos zancadas grandes.

—Lo siento...

Al principio, hubo desconcierto en la mirada de Ljuba, hasta que cayó en la cuenta de lo que Vadim había hecho y adónde la había llevado; justo entonces la bala del rifle con silenciador le acertó en la sien y la tiró al suelo.

Vadim se apretó de nuevo la herida al final de la espalda y se enderezó, soltando el aire en un profundo suspiro.

Al fin y al cabo, todo había salido según los planes.

La ciudad se despierta.

Como hace siempre. Como siempre había hecho.

Tratado de Fredrikshamn de 1809. Con una simple firma, Suecia perdió un tercio de su superficie total, una cuarta parte de su población. El Imperio ruso se quedó con Finlandia y, en consecuencia, con Torneå, el mayor centro de comercio de la región hasta la fecha. La nueva frontera se trazó en mitad del río y de improviso Suecia ya no tuvo ninguna ciudad en la zona. Hacía falta una, todo el mundo estaba de acuerdo, pero ¿dónde se iba a ubicar? Las propuestas eran varias; las discusiones, largas. Mientras trataban de ponerse de acuerdo, ella esperó con paciencia: pasó de ser una aldea con cuatro granjas a un pueblo y luego una villa, para finalmente ser declarada ciudad. Era 1842, el año de su nacimiento.

Haparanda, de *Haaparanta*, la palabra fina para Asps-trand.

Prósperos años siguieron mientras crecía a ritmo impetuoso. Cuanto mejor le iba a ella, peor les iba a las demás. Ser una ciudad fronteriza neutral en un mundo en guerra tenía sus ventajas. Algunas temporadas fue la única puerta abierta a Rusia. Un punto entre el oeste y el este.

Bienes, cartas, mercancías, personas.

Legales, ilegales, vivos, valiosos, peligrosos.

Todo el tráfico del mundo pasaba por ella, con independencia de lo que se tratara. Floreció. Medró.

Hoy en día está un poco más cansada. Se lo toma todo con más calma, desde luego. Poco a poco se va encogiendo. No es que vaya en caída libre, no es eso, pero cada año son más las personas que mueren y la abandonan que las que nacen y se acogen a ella.

Ella conoce a sus habitantes. Partes de sus vidas. Ve y sabe cosas. Recuerda y permanece a la espera. Los necesita a todos. Es una ciudad, solo existe mientras la gente elija vivir en ella. Como una diosa que deja de existir cuando la gente deja de creer.

Así que, postrada en silencio y paciente junto a la corriente eterna del río, les da la bienvenida a los nuevos y llora a los que desaparecen en su seno.